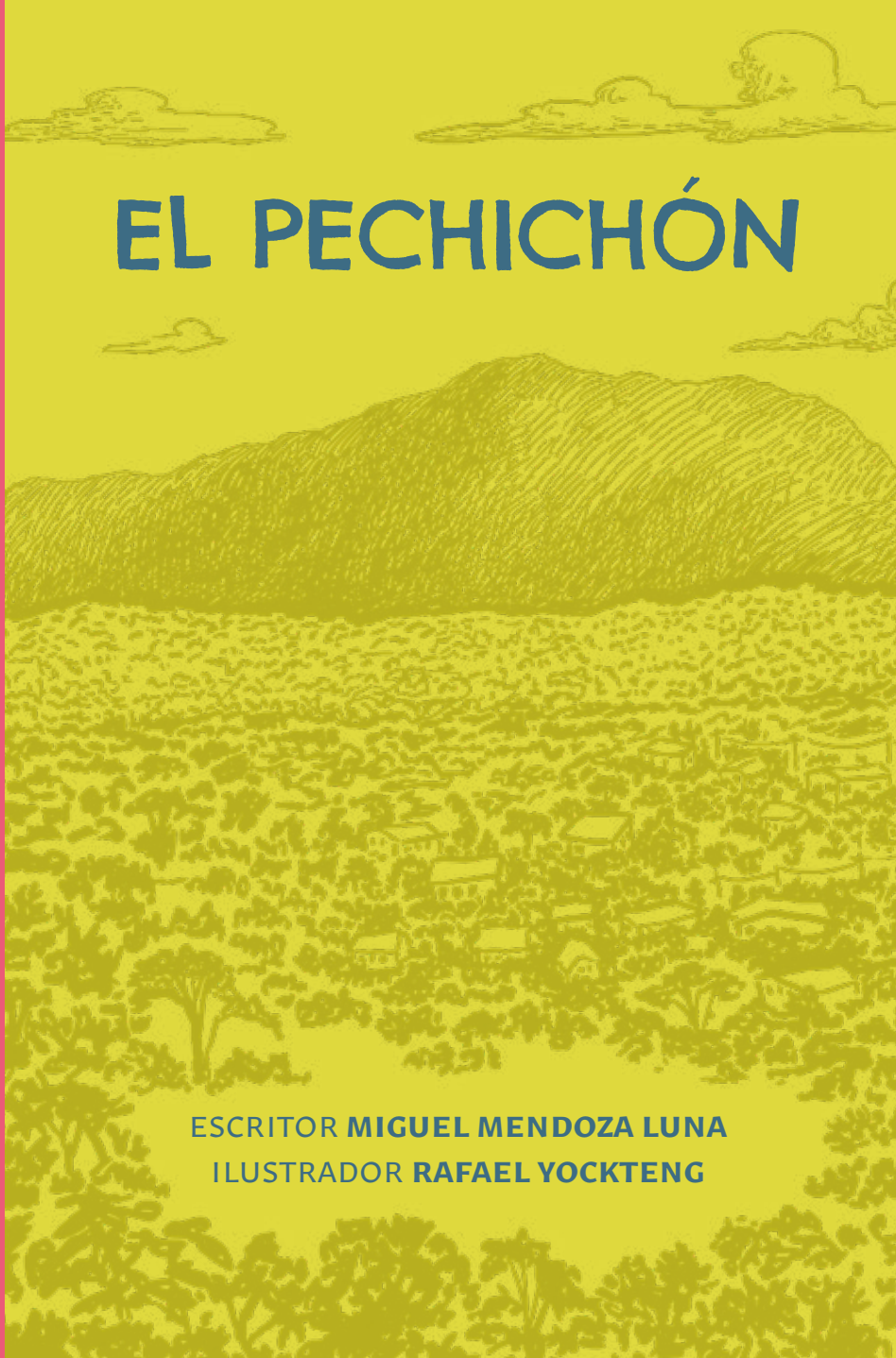
Cuando los pájaros no cantaban: versión para niños y niñas

EL PECHICHÓN



ESCRITOR **MIGUEL MENDOZA LUNA**
ILUSTRADOR **RAFAEL YOCKTENG**





EL PECHICHÓN

EL PECHICHÓN



Escritor **Miguel Mendoza Luna**
Ilustrador **Rafael Yockteng**

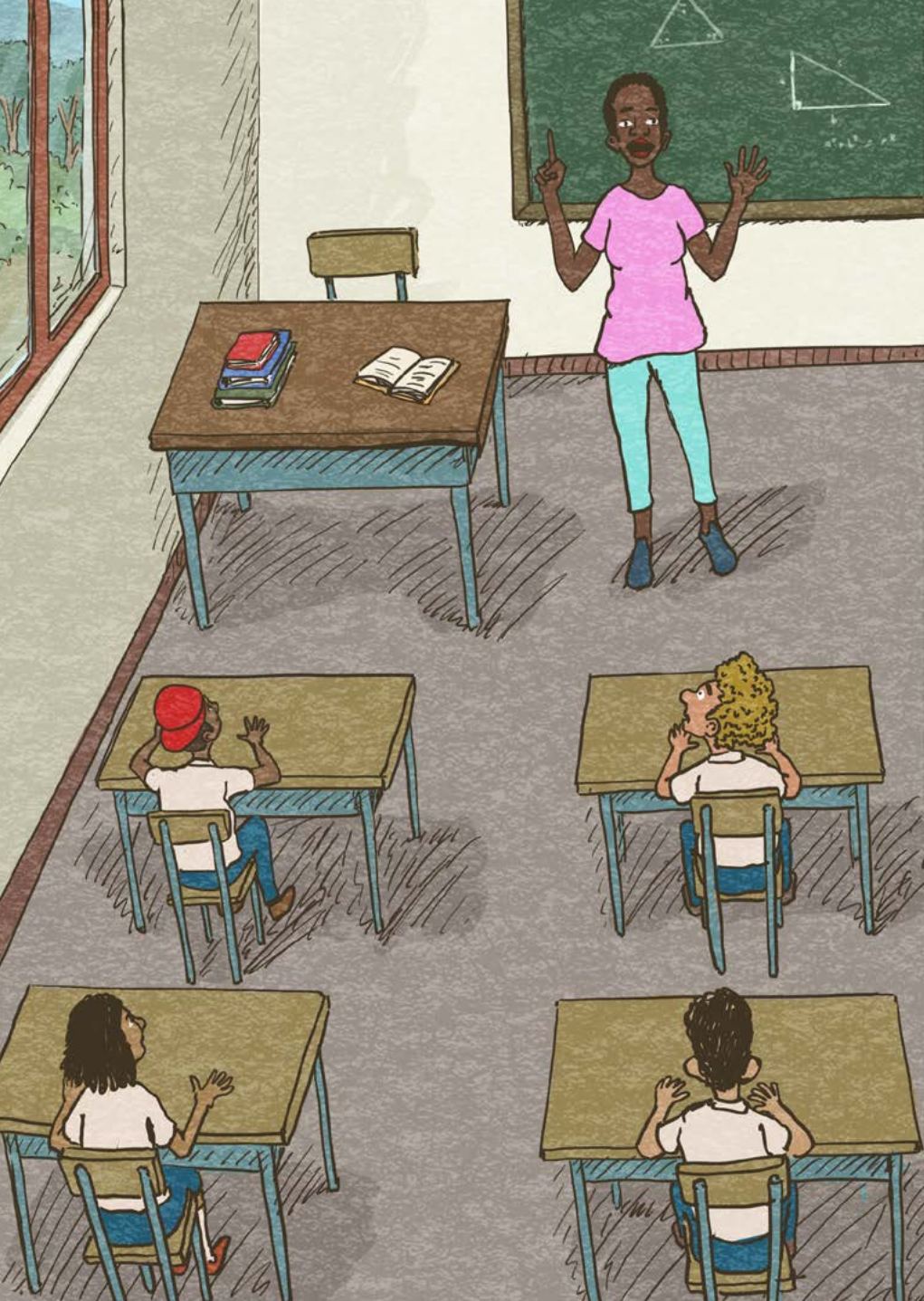
Esta colección es un homenaje a la vida y la memoria de Ana María Cuesta León (QEPD)

«Papá, era más importante un
hijo vivo lejos que un muerto cerca,
y aquí estoy de nuevo».

EL RETORNO DE UN MONTE
***CUANDO LOS PÁJAROS NO CANTABAN**, TOMO TESTIMONIAL*







La difícil tarea de componer un cuento

Todo empezó cuando la profe María Celeste nos dijo que debíamos escribir un cuento, y que ese tal cuento sería la nota final del año. Yo iba muy mal en el colegio, así que esa era mi salvación. Lo malo era que no tenía ni idea de escribir: en realidad, escribía al revés y nadie entendía mi letra.

Gabriela, la niña que saca las mejores notas del curso y se la pasa leyendo libros, preguntó si el cuento debía estar basado en hechos reales o si debía ser inventa-



do. La profe María Celeste, como siempre sonriente, le respondió:

—Todos los cuentos reales son inventados y todos los cuentos inventados son reales.

Creo que ni Gabriela lo entendió. La profe María Celeste volvió a decir:

—Si se inventan el cuento, debe parecer que fue verdad; si el cuento salió de la realidad, debe parecer que fue inventado.

De nuevo, ninguno del curso le entendió, ni yo que nunca le entendía nada. La profe María Celeste hablaba raro y decía cosas extrañas, pero todos la queríamos porque siempre se reía y nos hacía reír.

—Escriban un cuento que venga de sus corazones —nos animó la profe—, que nazca de sus almas. Algo que les haya pasado o que quieran que les pase. Incluso pueden escribir sobre algo que no quieran que ocurra. Ojalá que el cuento suceda en nuestra tierra, en el Perijá —señaló por la única ventana del salón, a lo lejos, donde los árboles ya no eran tan verdes como antes.



La profe María Celeste hizo un largo silencio. Por primera vez la vi triste, como si se hubiera acordado de algo malo –para eso sí soy bueno: siempre me doy cuenta si la persona que tengo enfrente se siente triste o anda preocupada.

—A ver, mis pelados —agregó recuperando su sonrisa—, escriban un cuento para recordar lo bueno y olvidar lo malo.

Todos en la clase empezamos a murmurar y a decir que la profe estaba medio loca y que no le entendíamos ni jota. A ella, no parecía preocuparle nuestra confusión. Todos se animaron con lo de escribir un cuento, menos yo, que como ya

dije, era muy malo para escribir y no se me ocurría ninguna idea. Un amigo del curso una vez se había burlado de mí diciendo: «Alfredito escribe mal hasta su nombre», yo me reí, pues era verdad. Además, invertía las letras y nada se me entendía.

Cuando todos salieron al descanso, me acerqué a la profe para que me pusiera otra tarea.

—Seño —le dije en voz baja para que nadie más escuchara—, usted sabe mi problema: que se me enredan las letras y hasta escribo en reversa. Si esa es la nota final, fijo voy a perder el año. En la casa, somos catorce hijos, yo soy el penúltimo

y mi mamá tiene la esperanza de que yo pueda terminar el colegio. Me da embarrada decepcionarla, ponerla más triste de lo que ya anda.

La profe me miró con sus ojos bien abiertos, como si de verdad yo le importara, y me preguntó qué me gustaba hacer. Le respondí que el fútbol y a veces cantar. En realidad, mi hermano menor, un año menor que yo, el catorce, el que andaba desaparecido, lejos de la casa, era el que cantaba bien bonito, pero fue lo único que se me ocurrió decir.

—Anda, la música, Alfredito —dijo emocionada y movió los hombros como

si bailara—, la música es la salvación para todo.

Ya empezaba ella con sus frases raras. Le aclaré que me gustaba el vallenato, de los de antes, como decía mi papá, los que cantaban mis abuelos. Eso sí era verdad.

—Alfredito, ¿te sabes las letras de esas canciones, de las de antes? —preguntó cruzando los brazos.

—Claro, seño, las que me gustan me las aprendo con escucharlas en la radio dos veces. En la casa a veces canto, pero mis hermanos se burlan y me dicen que me calle, que mi voz no es tan buena

como la de... —Ahí me quedé callado y no terminé la frase.

La profe María Celeste seguía escuchándome con atención.

—Alfredito, vas a escribir tu cuento —dijo. Casi me pongo a llorar creyendo que no había entendido mi problema—. Mejor dicho, vas a escribir una canción, vas a componer la letra de una canción.



—Pero, seño —le reclamé—, eso debe ser más difícil, además a mí no se me ocurre nada —miré hacia afuera del salón donde ya todos corrían a jugar—. Gabriela ya debe haber escrito tres cuentos y hasta una novela mientras hablamos y a mí nada me pasa por la cabeza.

La profe soltó una de sus carcajadas.

—Seguro algo interesante te ha ocurrido.

—Nada, profe —respondí.

—¿Y en tu casa, Alfredito?, en este pueblo a todos nos ha pasado algo.

Pensé por unos segundos y otra vez me acordé de mi hermano, el último de

los catorce, apenas un año menor que yo, el que sí cantaba y componía vallenatos. Mi hermano se había ido del pueblo por miedo a que LOS SIN SOMBRA lo desaparecieran, como estaban haciendo con todo mundo en la región. Nadie sabía dónde andaba escondido. Mi mamá lloraba a cada rato preocupada por él. En el pueblo, algunos decían que LOS SIN SOMBRA ya se habían marchado y otros aseguraban que estaban escondidos, esperando para llevarse más personas.

—Profe —le dije—, ¿y puede ser una canción sobre algo triste?

—Las historias tristes nos enseñan a ser felices, Alfredito.

Otra vez la profe con sus palabras raras.

—Vete a jugar y empieza a encontrar el tema de tu canción —me dijo como despedida.

Esa tarde, cuando iba caminando hacia la casa, como nadie andaba por ahí, me puse a cantar en voz alta un vallenato que me sabía, el que más le gustaba a mi papá. Nunca le había puesto atención a la letra. Así me di cuenta de que contaba una historia y que, como decía la profe, aunque se lamentaba de momentos tristes me hacía sentir mejor.


EL CANTOR

Encontrar la letra perfecta

Cuando llegué a la casa, le pregunté a mi mamá de dónde les salían las canciones a los compositores.

—De lo más profundo del corazón, Alfredito —respondió.

Mi mamá también decía cosas que yo no entendía. Andaba ojerosa como siempre, seguro había llorado por la ausencia de mi hermano menor. Mi papá lloraba a escondidas, todos lo sabíamos en la casa.



—Alfredito —dijo mi papá metiéndose en la conversación—, las mejores canciones son las que cuentan las historias de las aventuras junto a los mejores amigos.

—Ve, yo pensé que eran los de amor —le protestó mi mamá, entrecerrando los ojos.

—Esos también, claro —dijo mi papá para salvarse.

Me atreví a contarles que tenía que componer una canción para el colegio, aunque no fui capaz de decirles que había pensado que fuera sobre mi hermano menor. Mi papá llamó a dos de mis her-

manos, el mayor y la del medio, los que tocan el acordeón y la guacharaca, y les repitió mi pregunta.

—Alfredito —exclamó el mayor—, las mejores canciones nacen de los momentos más felices.

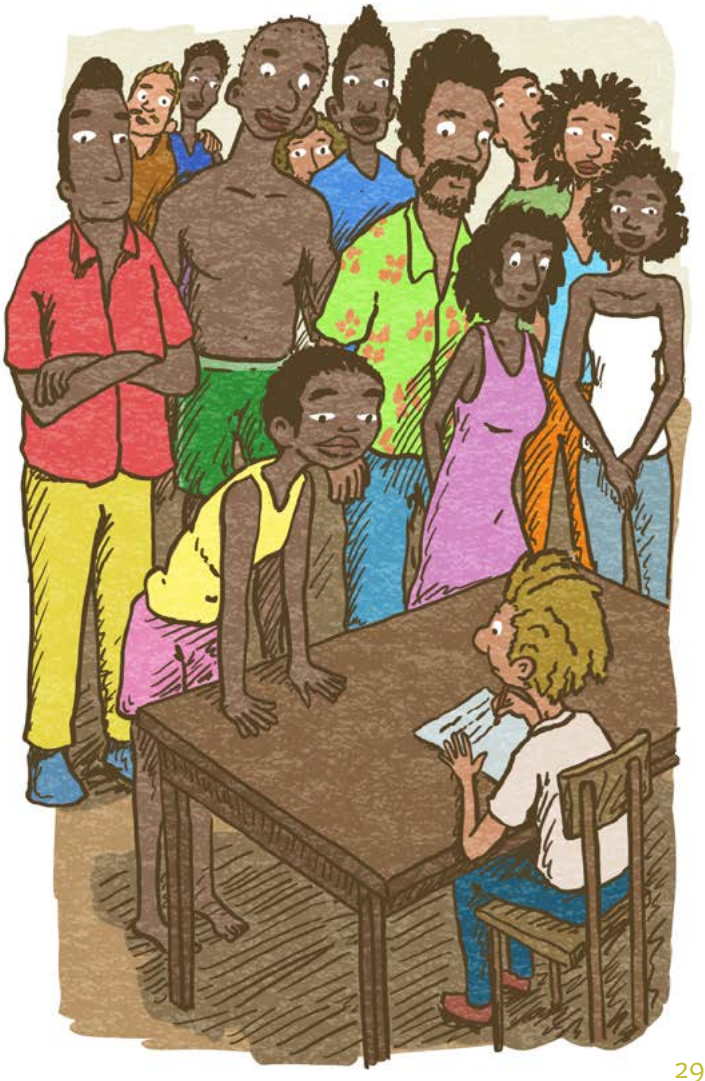
—¡Qué va! —interrumpió mi hermana—, las más bonitas son sobre lo malo que nos pasa en la vida.

Desde la puerta de la cocina, mi hermano, el segundo, gritó:

—Las mejores canciones son las de despecho.

Todos se rieron.

Con todas esas ideas revueltas en mi cabeza, decidí qué debía hacer para poder componer la letra de mi tarea. Durante esa semana, entrevisté a cada uno de mis trece hermanos y les pregunté qué era lo que más recordaban y extrañaban del pechichón, como se le dice al hermano menor. En mi cuaderno, anoté todo lo que ellos respondían sin importar que no se me entendiera la letra y las palabras estuvieran al revés. Y así, pensando mucho y sin pensar tanto, nació por fin mi canción.





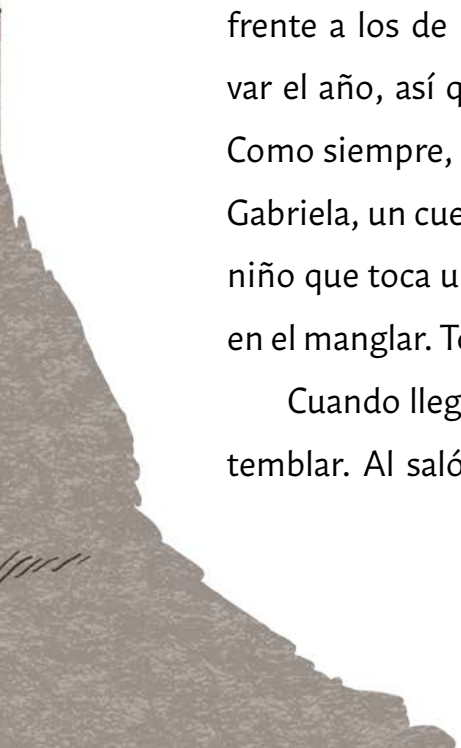




El miedo del cantante ante el público

Cuando llegó el día del examen final yo estaba muy asustado. Una cosa era cantar frente a mis hermanos, otra era hacerlo frente a los de mi curso. Tenía que salvar el año, así que no había escapatoria. Como siempre, el mejor cuento fue el de Gabriela, un cuento muy bonito sobre un niño que toca un tambor y se queda solo en el manglar. Todos la aplaudimos.

Cuando llegó mi turno, no paraba de temblar. Al salón llegaron mis dos her-





manos: el mayor con el acordeón y la del medio con su guacharaca. Días antes, al enterarse cuál era el tema de mi canción, decidieron ayudarme a ponerle música.

La profe María Celeste les dio la bienvenida. Al notar que yo me había quedado paralizado, ella me dijo al oído:

—Alfredito, canta con los ojos cerrados, imagina que no hay nadie.

Por si se me olvidaba, yo tenía anotada la letra de mi canción. La hoja estaba llena de tachones y correcciones. La profe les anunció a mis compañeros que mi cuento era diferente, que tenía forma de canción. Me pidió la hoja y dijo:

—La canción se titula: *El pechichón*.

Todos en salón parecían sorprendidos a la espera de verme cantar.

Mi hermano mayor empezó a tocar el acordeón y la del medio lo acompañó con la guacharaca. Cerré los ojos como la profe me dijo y empecé a cantar:



«Oigan, amigos, lo que les vengo a
contar.
Que la profe me puso a escribir dizque un
cuento.
Yo escribo al revés y las palabras no
puedo ordenar.
Y además pa eso de inventar carreta soy
muy lento.
Yo le dije, profe, a mi lo único que me
gusta es cantar.





Y ella me dijo, oye, Alfredito:
Escribe una linda y sentida canción,
Escribe una melodía para lo malo olvidar
Una de esas tonadas tristes y alegres
desde el corazón.
Una que a los que se fueron lejos nos
haga recordar.





Ahí fue cuando por fin de mi hermano menor me acordé,
El siempre alegre y cantante, de los catorce hermanos el pechichón.
El que siempre en las mañanas y en las noches improvisaba una canción.
Mi hermano menor el que de la casa se fue del peligro huyendo.
El que cuando se marchó, mi mamá lloró hasta que se quedó durmiendo.
Mi hermano menor, el que cuando yo andaba triste una rima bien sentida me inventaba.

Y ella me dijo, oye, Alfredito:
Escribe una linda y sentida canción,
Escribe una melodía para lo malo olvidar
Una de esas tonadas tristes y alegres
desde el corazón.
Una que a los que se fueron lejos nos
haga recordar.



Y para poder componer e inventarme esa canción,
A mis doce hermanos sobre el pechichón les pregunté.
A mamá y papá para que no lloraran de la canción no les conté.
El mayor dijo que le gustaba cuando el pechichón silbaba,
Y el de la mitad que ese pelado a
toda hora chistes y hasta poemas improvisaba.
Y todos dijeron que su sonrisa era lo que en la casa faltaba.

Y yo también me pregunté qué extrañaba
de mi hermano menor,
Si estaría feliz por allá muy lejos de
nosotros viviendo,
Si aun de los malos SIN SOMBRA les tenía
temor.
Yo me imaginaba que al pechichón la
comida de mamá le hacía falta.
Yo rezaba para que nada malo al menor
por allá lejos le pasara.
Yo quería tenerlo en casa para que mi
mamá nunca más llorara.

Y la profe me dijo, oye, Alfredito:
Escribe una linda y sentida canción,
Escribe una melodía para lo malo olvidar.
Una de esas tonadas tristes y alegres
desde el corazón.
Una que a los que se fueron lejos nos
haga recordar.

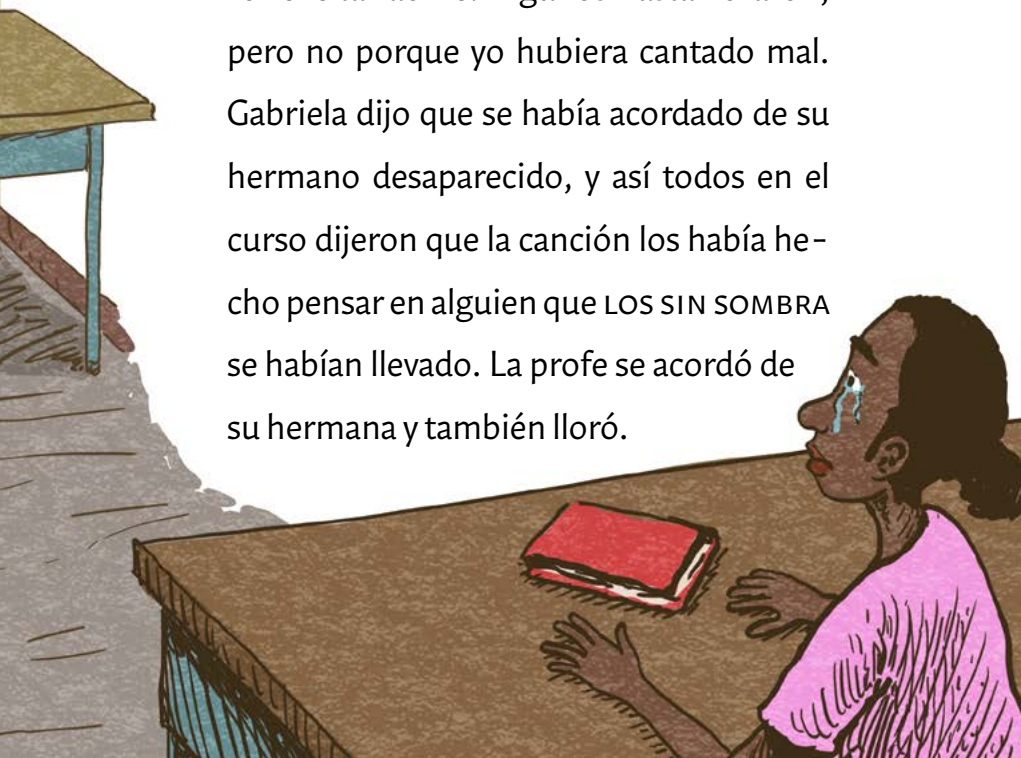


Y ahora, aquí por la ventana de la casa me
la paso mirando,
A ver si mi hermano, el pechichón, por
fin retorna alegre cantando.
Ojalá que si esta canción fue capaz de mis
letras ordenar,
Haga que mi hermano pronto pueda a la
casa regresar.
Ahora, solo espero que esta letra me
ponga feliz el corazón
Junto a mi hermano, mi hermano el
pechichón».



Cantando juntos se olvida y se recuerda

Hace ya un buen rato desde ese día. Cuando terminé de cantar, abrí los ojos y vi que todos en el curso estaban aplaudiendo, también Gabriela. La profe me abrazó felicitándome. Algunos hasta lloraron, pero no porque yo hubiera cantado mal. Gabriela dijo que se había acordado de su hermano desaparecido, y así todos en el curso dijeron que la canción los había hecho pensar en alguien que LOS SIN SOMBRA se habían llevado. La profe se acordó de su hermana y también lloró.



Ayer, mi hermano, el pechichón, por fin regresó a casa después de más de dos años. Claro, yo me puse feliz y empecé a gritar para avisarle a todos que él había vuelto. Cuando él me saludó, dijo:

—¿Y qué, Alfredito, todavía escribes en reversa?

Ahora estaba más alto y parecía mas grande que yo.

—Ahora compongo canciones —respondí.

—¿Son mejores que las mías?

Negué con la cabeza.

Se sentó a mi lado. Le mostré la hoja donde había escrito mi canción. Empecé

a cantarla y él se puso a cantar conmigo. Apareció junto a nosotros mi hermano el del acordeón y también la de la mitad con la guacharaca. Luego llegaron mis otros hermanos, y mi mamá y mi papá, y todos nos pusimos a cantar abrazados:

«Y ella me dijo, oye, Alfredito:
Escribe una linda y sentida canción,
Escribe una melodía para lo malo olvidar,
Una de esas tonadas tristes y alegres
desde el corazón,
Una que a los que se fueron lejos nos
haga recordar...»







El cuento que acabas de leer es una derivación del testimonio «El retorno de un monte» incluido en ***Cuando los pájaros no cantaban****, tomo testimonial del Informe final de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición.*

Las páginas de este libro fueron diagramadas con la tipografía Epica Sans, del diseñador nacido en Pasto, Nariño, Oscar Guerrero Cañizares.

EL PECHICHÓN
Colección:
Cuando los pájaros no cantaban: versión para niños y niñas
1era edición, enero 2026
ISBN 978-958-717-298-0

Se prohíbe la venta total o parcial de esta publicación. Se autoriza su reproducción gratuita para fines de investigación, incidencia y educación, siempre que se reconozca la fuente.

Libro impreso en Colombia por Panamericana formas e impresos S.A.

DIRECCIÓN GENERAL, SELECCIÓN Y CUIDADO DE TESTIMONIOS ORIGINALES
Alejandro Castillejo – Cuéllar
Ex comisionado de la Verdad

Andrea del Pilar Mora Manrique
Jefferson Gallego Figueredo
Jorge Andrés Bautista Bulla
Juan Camilo Aljuri Pimiento
Katherine López Rojas

Las historias que componen esta colección fueron derivadas del Tomo Testimonial «Cuando los pájaros no cantaban» del Informe Final de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición – CEV.

COMITÉ EDITORIAL
Editor
Juan Sebastián Montoya

Escritor - Derivador
Miguel Mendoza Luna

Ilustrador
Rafael Yockteng

Diseño Editorial
Elizabeth Cuervo

Tipografía de interiores: Epic Sans
Oscar Guerrero Cañizares

El Centro de Memoria, Paz y Reconciliación y la Fundación PLAN han realizado todos los esfuerzos posibles para garantizar la precisión de la información contenida en esta publicación al momento de su impresión.

Para más información sobre el uso, reproducción o impresión de esta publicación, por favor contactar a:

Equipo de Comunicaciones – Fundación PLAN
comunicaciones@plan.org.co

Equipo Centro de Memoria, Paz y Reconciliación
centromemoriaypaz@alcaldiabogota.gov.co

Alcalde Mayor de Bogotá
Carlos Fernando Galán Pachón

Secretario General
Miguel Silva Moyano

Oficina Consejería Distrital de Paz, Víctimas y Reconciliación – OCDPVR
Isabelita Mercado Pineda

Directora Centro de Memoria, Paz y Reconciliación – CMPR
Andrea del Pilar Mora Manrique

Equipo Centro de Memoria, Paz y Reconciliación
Jorge Andrés Bautista Bulla
Jefferson Gallego Figueredo

Fundación PLAN
Presidenta Fundación PLAN
Ángela Anzola De Toro

Vicepresidenta Programática Fundación PLAN
Pamela Escobar Narváez

Vicepresidente de Operaciones Fundación PLAN
Christian Medina López

Directora de Implementación y territorio
Martha Espinosa

Directora de Investigación y Lineamientos Técnicos
María Fernanda Ariza Beltrán

Gerenta de Comunicaciones
Karen Gálvez Cubides

Gerencia de Proyecto
Dora C. Rodríguez Avendaño

Equipo técnico
Profesional especializado
Camila Gómez

Coordinadora de Proyecto
Melissa Marroquín Real

Profesional líder del Proyecto
Paola Piracoca

CENTRO de MEMORIA PAZ Y RECONCILIACIÓN
ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ D.C.

PLAN INTERNATIONAL
Por la niñez en Colombia

CONSEJERÍA DISTRITAL DE PAZ, VÍCTIMAS Y RECONCILIACIÓN
BOGOTÁ

LEGADO COMISIÓN DE LA VERDAD

Con apoyo de:

Universidad de los Andes Colombia





Cuando Alfredito escribe, las letras se le enredan y cambian de lugar, y las palabras se le hacen un pequeño lío en la cabeza. Su profesora le ha pedido algo que le parece casi imposible: escribir un cuento. Alfredito no sabe dónde encontrar la inspiración, hasta que recuerda a su hermano menor, el pechichón de la casa, que ha tenido que marcharse huyendo de LOS SIN SOMBRA. Alfredito siente que, con la ayuda de su familia, podrá encontrar la magia para escribir no solo un cuento, sino la historia de su hermano.

ISBN: 978-958-717-298-0